

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 9, 2000-2001

Sendero de gaviotas

Marcos Krzymuski

pp. 144-145

Sendero de gaviotas

Marcos Krzymuski

EL pequeño movimiento de sus ojos pasó desapercibido. Sólo una gaviota vagabunda notó los dos parpadeos consecutivos, pero su piel no le dio al ave demasiada importancia. La gaviota siguió el rumbo que sus alas le indicaron; él hizo lo mismo.

El tiempo había envejecido hacía años, y aun así, el oleaje salaba las aguas del mar con más fuerza que nunca. La arena abría sus manos extensas a lo largo de casi veintisiete kilómetros en derredor del océano. Esta imagen se impuso con confianza y firmeza. Tal vez hacía calor, pero no era sofocante. Quizás frío, pero no necesitaba abrigarse. La calma se había apoderado de él y de su serenidad. La paz jugaba a hacer piruetas por doquier y la vida se movía ligera debajo de su carne. Dejó caer las palmas de sus manos para que reposaran un rato. Tuvo la sensación de que el paisaje se tornaba más claro y transparente ante su cara. Bostezó, pero no quiso dormir. Entendió que aquella apertura de labios formaba parte de una repentina inspiración y su encanto. Enderezó su espalda, levantó los ojos, y estiró bien alto las yemas de sus dedos con intención de atrapar la blancura del día y no dejarla escapar. Se sintió aliviado, y el aire aprovechó la ocasión para acariciarle las mejillas y los codos; y por sus venas corrió un extraño cosquilleo que trajo consigo toques diminutos de armonía. Pero se produjo una interrupción: el viento sorprendió a su cuerpo y lo envolvió en seguida. Después de unos segundos, éste se alejó en dirección a las rocas. Respiró profundo; y en aquel instante tomó conciencia de que estaba sentado sobre unas arenas tibias con las piernas cruzadas... lo había olvidado.

El silencio regresó prontamente. Miró el cielo sin nubes con una ternura que satisfizo a su alma. Contempló ese horizonte de montañas a lo lejos, y sólo a

esa altura de los acontecimientos, decidió revivir en su mente todo lo que había ocurrido hacía no menos de veinte minutos.

Sacó de su bolsillo izquierdo las llaves del departamento, corrió lo más rápido que pudo por entre las calles más que conocidas, y sin darse cuenta se encontró frente a la puerta azul de siempre. Metió la única llave dorada en la antigua cerradura, y ésta dio dos vueltas. Tenía todo organizado: ella cantaba su melodía preferida en la habitación, Boda lamía sus pelos negros y viejos junto al plato de leche en el mismo rincón que hacía dos años y medio, y las ventanas claustrofóbicas estaban abiertas de par en par dejando entrar un enorme rayo de sol en la sala. Las sillas de madera permanecían en su lugar, la alfombra incolora yacía muerta sobre el suelo, y el retrato de ambos seguía luciendo el beso apasionado de algún abril de años anteriores. Caminó tranquilo unos pasos hasta la mesada de la cocina, observó en detalle los cubiertos sobre la tabla anaranjada, tomó el más complejo y filoso de todos los cuchillos con la mano izquierda, se acercó sin esperar al dormitorio desde donde provenía la canción, le dijo hola a ella, ella lo miró a los ojos y respondió con un qué diablos hacés cotidiano y él le contestó que nada que venía a asesinarla y sin darse cuenta le clavó el cuchillo en el pecho y ella cayó de manera instantánea encima de las sábanas rojas de la cama y sus cabellos morenos de a poco fueron empapándose con la sangre que despedía la nueva herida. Le dio la espalda, abandonó la habitación, y miró a Boda que aún continuaba ensimismado en sus aburridos asuntos.

Volvió a incorporarse después de toda esta visión. Los planes habían resultado tal y como habían sido pensados. Sin querer, su boca esbozó una pequeña

Argentino, 1980. Vive en Jerusalén desde 1998. Cursó estudios en la sección literaria del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos, y en las orientaciones educación, filosofía e inglés en el Departamento de Estudios Generales de la Universidad Hebrea de Jerusalén.



sonrisa que pasó desapercibida. Como siempre, sólo la gaviota supo del cambio. Miró a su alrededor: había olvidado dónde estaba su cuerpo. La arena seguía tan tibia, pero sus piernas ya no se entrecruzaban. Y entonces vio el cuchillo nauseabundo que se hallaba a medio metro de distancia, y sintió lástima por él. Luego vio sus ropas, y los ojos quedaron fijos en ellas. Su frente, su rostro, sus brazos, sus pies, sus uñas, hasta sus manos, estaban vestidos de sangre. Intentó comprender, pero ni siquiera palpó absurdas conclusiones.

Y allá lejos y distante en el horizonte, asomó su bronca una sombra que nunca antes él había cono-

cido, y fue ella quien le interrogó con un ¿para qué me has llamado?

Titubeó sólo un momento, pero su lengua soltó la frase esperada en voz muy alta:

—Me enloquecen dos cosas ahora mismo; la primera, tengo que soportar una sangre que no es precisamente mía —alzó más aún el tono—, y la segunda, me molesta ciegamente que por fin el canto haya terminado.

Cerró los ojos y llenó sus pulmones con aire fresco, puro y renovado, y su pecho pensó qué era realmente aquello que había de renovarse, pero no encontró respuesta alguna. Lo había olvidado.